



La vida campesina de mi abuela y mi padre

Samary Abello Carinao

Mi padre, cuando era niño, no usaba zapatos, iba al colegio a pies descalzos. Él caminaba cerros, caminos agrestes; a veces llevaba una carreta para ir a trabajar y estudiar. Él se levantaba a las cinco de la mañana para irse a trabajar y por las tardes mi abuela lo esperaba con comida sencilla, pero deliciosa. Antes de ir a dormir, él tenía que encerrar a los animales. Los fines de semana estaba lleno de otras tareas domésticas, como, por ejemplo, picar leña para la casa y otro tanto era para vender. Por su parte, mi abuela ordeñaba las vacas, hacía un rico queso mantecoso. Hacía dulces, queques y otras cosas que eran deliciosas; cuando ella estaba en su cocina, no le gustaba que nadie estuviera rondándola, porque tenía sus supersticiones: que posiblemente el queque no subiría, que se cortaría la leche; por lo tanto, su cocina no era territorio para merodear.

Ella, aparte de cocinar, plantaba sus semillas en un gigantesco invernadero, el que le proporcionaba las verduras frescas para el consumo familiar. Su hogar estaba rodeado de cerros, era un lugar apartado. Mi padre asegura que sus patios eran visitados por leones, por lo tanto, los corrales y gallineros eran víctimas de estos depredadores que se comían sus pollos, chanchos y algunas vacas. Aunque era lamentable lo que ocasionalmente ocurría, ella seguía criando sus animales. Tenía en su invernadero frambuesas, porotos, tomates y una de las flores que a mí me encanta mucho: la flor del pensamiento. Me maravillaban sus colores, los pétalos de seda; mi mami (abuela) tiene muchos aún. Era de esas madres hogareñas a las que les encantaba cocinar, plantar flores y verduras, hacer dulces, entretenerse haciendo bordados hermosos, y lo que la hacía sentirse más dichosa, era hacer feliz a su familia. Bueno, mi hermana y yo aprendimos un poco de



ella. Mi padre, hasta el día de hoy, sigue recordando sus largas caminatas, de lo temprano que se tuvo que enfrentar con las obligaciones laborales, de las privaciones que tuvo que sufrir: comenzó a trabajar a los ocho años. Mi abuelo era malo con su pequeño hijo. Es casi para no creer, pero así eran las realidades antes. Mi papá no conoció los zapatos de fábrica sino hasta muy adulto. Él y sus vecinitos usaban unas botas de rueda de tractor, porque en ese tiempo no había zapatos. Para recorrer rápido los cerros del lugar, se fabricaban catangos: una especie de carrito de madera que les permitía avanzar y hacer carreras con sus amigos. Siendo adulto, nos compartió sus juegos de infancia y nos fabricó un catango; nosotras, inexpertas en la conducción, varias veces caímos a los brazos de pastizales y zarzas; era muy divertido, pero igual peligroso.

La vida campesina ha sido testigo de los esfuerzos de la gente para superar las inclemencias, la búsqueda del buen vivir.

Samary Abello Carinao

11 años

Padre Las Casas

Primer lugar regional